

ELOGIO DEL DOCTOR JOSÉ MIGUEL ROSALES

Por: **MANUEL JOSÉ FORERO**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 107, Volumen XXIX
1975*

Las cualidades eminentes del doctor José Miguel Rosales en las esferas de la geografía, de la literatura y de la educación, hicieron respetable su nombre en la duración de muchos años de actividad y lo presentan hoy como espejo y ejemplo de buenos ciudadanos.

Bastaba conversar con él pocas palabras para que el interlocutor se diera cuenta de la nobleza de su ilustrado espíritu. Irradiaba esta cualidad como la estrella dilata su luz en la noche. Y sonreía siempre, con la mejor disposición del ánimo, para infundir confianza a quien hablara con él, o para transmitirle alguna enseñanza derivada de sus estudios o de su conocimiento de la vida.

La vida por él fue clara, sencilla, docta y generosa. Hablaba de Colombia y de sus posibilidades con el dominio de un maestro. Disertaba a propósito de las virtudes de sus gentes, para invitar a otros a hacer por el país lo que el país necesitaba. El progreso común le inspiraba frases entusiastas. Y quería a cada momento ofrecer a sus compatriotas una visión serena y apacible de los paisajes de la patria y de las regiones de su vastísimo territorio, a fin de que esa visión los esforzara, enriqueciera y glorificara.

El doctor José Miguel Rosales era, ante todo, un caballero fino en la palabra, suave en los ademanes, discreto en los juicios, adoctrinante en el platicar cordialísimo. Tenía suma curiosidad en lo relativo a la conformación del suelo, al significado de él y a sus perspectivas en el orden económico y colectivo. Nunca le oímos disminuido en la estima de sus conciudadanos. Jamás le vimos menos dispuesto a ayudar con su criterio y su rectitud moral a quien de ellos necesitara. Como educador que era por su naturaleza, comprendía que era urgente difundir ideas sanas para obtener cosechas de rectitud; y que nunca debería callarse una boca para contener el elogio de la dignidad nacional, la invitación vigorosa para sostenerla y el anhelo sostenido y persistente para servirla.

Una considerable suma de servicios a los estudios geográficos urgió a quienes eran sus amigos y admiradores en el recinto de la Sociedad Geográfica de Colombia, para llamarlo a sus filas laboriosas y desinteresadas. Dentro de esta corporación continuó dictando lecciones cordiales destinadas a enriquecer los haberes intelectuales de ella. Y puso al servicio de cuantos lo buscaban y deseaban oírlo, su pericia en la descripción, su tino en la expresión, su experiencia en cuanto al

conocimiento directo de algunas importantes zonas del país de quien era hijo respetable y respetado.

Páginas suyas de considerable valor literario circularon en periódicos y revistas bogotanos. No pretendió con ellas mostrarse experto en las letras, aunque de verdad lo era, sino esparcir inquietudes entre, los jóvenes dedicados al estudio en los colegios de San Bartolomé y Mayor de Nuestra Señora del Rosario, o en la Universidad Nacional. En el claustro bartolino de la calle diez, colocado en donde se levanta la estatua procerca del gran Camilo Torres; o en la penumbra de las arquerías del colegio rosarista, magnificadas por la presencia de Monseñor Rafael María Carrasquilla, hablaba a todos con insistencia nunca moderada ni concluida, acerca de los múltiples empeños que eran preciso desenvolver para que la nación colombiana fuera digna de los actos heroicos de sus libertadores.

Porque también le apasionaba la historia. Creía que sin el conocimiento de los anales de la república, la lección geográfica simple no bastaría a la formación de recios ciudadanos. Según esto entendía como cosa esencial equilibrar los dos estudios, vivificarlos, colmarlos de entusiasta energía, para conseguir; resultados aptos para los años de su época y para las generaciones posteriores a ella. Exaltaba los méritos de los hijos del colegio de San Bartolomé en los momentos, iniciales de la independencia; señalando los títulos de Francisco de Paula Santander como caudillo civil de irremplazable categoría en los días fundadores de la Primera República y de la Gran Colombia. Y recordaba que el mayor y más entusiasta de sus contemporáneos y compañeros en la independencia fue el propio Libertador, de quien fue segundo en días supremos de aquella época de gloria.

De su adhesión a los principios creadores de Bolívar daba testimonio en sus conversaciones relativas, la historia común. "Sabía el doctor Rosales que sin el esfuerzo gigantesco de aquel grande hombre, hubiera sido imposible realizar de verdad la independencia, puesto que ninguno de los guerreros o políticos de comienzos del siglo XIX había sido dotado para la dirección eficaz de las campañas exigidas por el arduo propósito, ni para su consolidación posterior. Y así como exaltaba al Libertador, dedicaba homenajes análogos al tribuna Torres, al astrónomo Caldas, al precursor Nariño y a quienes colocaron la piedra primera de la República.

Tanto le interesaba la historia como lo demostró en estupendo libro publicado en Barcelona en el año de 1909. Le interesaron los conquistadores con sus arreos, los indígenas con sus tunjos, los virreyes con sus pelucas, los oidores con sus golillas, los fundadores de nuevas ciudades en este suelo granadino, con sus pergaminos y atuendos. Pero en todo mezclaba la fisonomía geográfica, el, empeño descriptivo trazado, con amor. El Salto de Tequendama, el Dorado, el puente natural de Icononzo, movieron su pluma. Como también Pamplonilla la loca, el colorido de las tierras calientes, la estructura pétreca de Cartagena.

Concedió al estudio del imperio de los Chibchas numerosos capítulos pues le llamaron largamente la atención sus adquisiciones agrícolas, su capacidad en el arte de la orfebrería más sutil, su sentido moral. Bueno es afirmar, una vez, más, que si no pudieron erigir fortalezas como los peruanos, ni templos como los mayas, sí lograron acomodarse al territorio en donde alzaron sus viviendas airoas, y derivar del surco la subsistencia libre. Con ínfimos recursos se mantuvieron durante siglos, extendieron sus fronteras, atendieron a sus necesidades peculiares. Y aunque no habían recibido por tradición de otros pueblos antiguos muchos dones, lograron adquirir algunos a fuerza de constancia, de observación y de comportamiento minucioso.

Uno de los mayores contemporáneos del doctor José Miguel Rosales fue don Antonio Gómez Restrepo. Su palabra dijo en páginas respetables y justicieras que el autor del libro titulado "Historias y Paisajes", no fue escritor de profesión ni mostró nunca pretensiones de literato hombre

modesto y estudioso, ha consagrado las horas que le dejan libres sus diarias ocupaciones de profesor, a lecturas, referentes a la naturaleza, a la historia y a las tradiciones de la patria: ha completado esas lecturas con excursiones a sitios consagrados por la fama; y como resultado, nos ofrece este libro, formado insensiblemente de artículos escritos en diferentes ocasiones, y en el cual se revela como escritor verdadero, como distinguido y correcto artista de la palabra.

Estas palabras, consignadas al comienzo de su encantador volumen de recuerdos y apreciaciones, tuvieron considerable prestigio y agregaba: "Los recuerdos históricos, los relatos legendarios, los cuadros de la naturaleza, tienen siempre atractivo sobre la inteligencia y la imaginación de los lectores cultos. Agrada el trasladarse a épocas lejanas y refrescar el ánimo, cubierto con el polvo de la lucha diaria, en las fuentes vivas de la tradición, engendradora de temas poéticos y la descripción de las bellezas naturales, cuando revela la impresión directa y está hecha por quien sabe sentir las y comprenderlas, es causa de dulces emociones, no solo para el alma sino para los sentidos. .. Rosales ha estudiado nuestros historiadores y cronistas y ha acudido frecuentemente a los datos de la tradición ... "A ella recurrió el escritor alabado por Gómez Restrepo, pues sabía que en su cristalina corriente se hallan con frecuencia las codiciadas pepitas de oro que busca en los ríos de la patria la mano de las gentes humildes.

Con todo, a pesar de la meritoria labor del doctor Rosales en las letras de comienzos de este siglo, no fue ella superior a sus cualidades de geógrafo. En la geografía halló una de sus principales orientaciones. A ella entregó paciencia numerosa y días incontables y en la cartografía se hizo especialmente notorio por su mapa en relieve de Colombia.

En los momentos de la aparición de aquel mapa meritísimo, la Sociedad Geográfica de Colombia se hizo presente ante el doctor Rosales. Nobles manifestaciones de aplauso le fueron tributadas entonces por quienes continuaban la labor iniciada en 1903 por los fundadores de ella. Aún estaban presentes en el palenque algunos de aquellos, dispuestos sin desmayo a participar en los buenos éxitos de sus colegas, camaradas y amigos. De seguro, si quienes dieron el paso primero en las faenas de la Sociedad Geográfica se hubieran encontrado bajo la cúpula del Observatorio Astronómico aquel día, hubieran estimulado con sus voces autorizadas a su excelente conciudadano.

Siempre ha sido agradable para los actuales. componentes de esta Sociedad recordar los nombres de quienes atendieron el llamado de don José Manuel Marroquín y del doctor Antonio José Uribe en el año de 1903. Fueron ellos don Julio Garavito y don Ruperto Ferreira, el general Alfredo Vásquez Cobo y don Delio Cifuentes, don Ricardo Santamaría Hurtado, don Rafael Alvarez Salas y don Abel Bravo. Con su discreción y sabiduría acerca del contenido físico y humano del país hubiera bastado para el adelanto de la corporación.

Pero, con tino perceptible, a ella se agregaron los ilustres ingenieros Miguel Triana, Justino Garavito, Francisco J. Casas, Julio Garzón Nieto y Enrique Morales. La nómina, venerable sin discusión, se complementó con el general Francisco Javier Vergara y Velasco, don Santiago Cortés y don Ricardo Lleras Codazzi. Sin excepción alguna, como lo ha definido nuestro colega don Alfredo D. Bateman, pertenecieron a la más elevada categoría científica de Colombia.

Esta nación ha sido siempre adecuada y propicia para el desarrollo de notables ingenios. En las ciudades principales y aun en modestísimas aldeas han visto la luz quienes han decorado como estrellas el firmamento de la República. Disertos escritores, galanos poetas, severos historiadores, estadistas providentes, prelados virtuosos, discretas y santas mujeres, audaces exploradores, intrépidos viajeros, compondrían riquísimo caudal para todo país y para cualquiera época. Todo esto lo ha tenido en gran proporción nuestra patria, que se enorgullece con lo que a manos llenas" quiso darle la Providencia. Y ella misma le concedió astrónomos como Caldas y Garavito, geógrafos

como Vergara y Velasco, minucioso entre" los minuciosos; como Felipe Pérez, orientador de las inteligencias de su tiempo; como Belisario Ruiz Wilches, creador de uno de los mayores institutos del mundo científico. Los sucesores de quienes constituyeron el núcleo fertilísimo de la Sociedad Geográfica de Colombia, en 1903, han sido muchos y de imponderables características, según podemos verlo al dirigir nuestras miradas a uno y otro lado, al considerar lo que representan sus duras fatigas y sus dotes de acendrado patriotismo.

En el personaje a cuya memoria se han consagrado estos agradecidos instantes, hay que anotar sus méritos como escritor reflexivo en cuanto se refirió a Colombia. Así, por ejemplo, habló un día acerca de la alta meseta bogotana:

"En la cordillera oriental de los Andes colombianos, a dos mil seiscientos metros sobre el mar, se encuentra una planicie, grande y hermosa, asiento que fue de un antiguo lago en las primeras edades del mundo. Es la Sabana de Bogotá, de clima fresco y delicioso, por razón de su altura y de una flora tan extraña a las tierras ardientes que la rodean, que bien puede considerarse esta región como un oasis de primavera incrustado en el corazón de los trópicos.

"Aquí la grama es siempre verde; una gran variedad de flores de alegres matices embalsaman. el aire con su delicado aroma; 108 árboles jamás pierden su follaje, los huertos despiertan la codicia del gusto con la abundancia y lozanía de sus sabrosos frutos.

"Riéjala en toda su extensión el río Bogotá, el Funzché de los chibchas, manso en la llanura, vivo e impetuoso al azotar las breñas del Tequendama, donde forma la bellísima cascada de este nombre, una de las más notables curiosidades naturales del continente americano .. ."

Página delante de su libro "Historias y Paisajes", dice con relación al poblado y a los habitantes de Guatavita, cuyo nombre impresionó en siglos ya muertos la imaginación de las gentes aborígenes o españolas:

"A dos leguas escasa del poblado se halla la célebre laguna, adoratorio de los chibchas, escondida entre los pliegues de áspera serranía y rodeada de cumbres, cuyas laderas descienden de una manera a plomo, hasta el fondo de la sima. Nada más pintoresco, pero también nada más solemne y aun medroso, que, aquella cuenca circular, profunda, incrustada en lo alto de la montaña como un ojo glauco, siempre abierto y siempre fijo en la inmensidad del cielo.

El paisaje es melancólico y austero. Los cerros del contorno solo muestran la vegetación raquítica de los páramos: hierba escasa, helechales secos y frailejones de tronco negro y hojas sedeñas, plateadas, de donde surge un tallo encorvado bajo el peso de flores amarillentas.

Y, sin embargo, este paraje, hoy yermo y silencioso, fue en días remotos el teatro de bulliciosas fiestas; sobre el alcantilado se levantaron templos; grandes balsas empavesadas con esplendor barbárico surcaron sus aguas; en la orilla se aglomeraron las muchedumbres, y en más de una ocasión nubló la claridad del día la espesa humareda de los sahumerios ... ":

Podríamos traer a este afectuoso estudio dedicado al doctor José Miguel Rosales, otras descripciones suyas de mérito apreciable. Bastan los dos párrafos leídos para comprobar sus dotes, mezcla de buen estilo y de amor a la historia y a la geografía colombiana. En lo cual vienen a la memoria al momento, los nombres de los doctores Miguel Triana y Daniel Ortega Ricaurte, ambos miembros de esta Sociedad Geográfica, y ambos óptimos en su servicio y magnificación. El doctor Triana en su libro "La Civilización Chibcha" dejó un verdadero resumen de lo que fueron las atemorizadas gentes que presenciaron la llegada de Jiménez de Quesada, y del significado de sus tareas en el conjunto laborioso de los pueblos americanos anteriores a Cristóbal Colón. Su obra, así

como la colección de los Petroglifos anotados por él con destreza, ha servido y seguirá sirviendo a quienes consagren horas de lectura y de emoción a los desdibujados pobladores sabaneros. En cuanto al doctor Daniel Ortega Ricaurte (quien presidió con grave y amable dignidad la Sociedad Geográfica), su libro denominado "La Hoya del Amazonas" es maravillosa antología, por la cual discurren el inmenso do con sus aguas inextinguibles, la selva con sus penumbras y acechanzas, los vestigios de antiquísimas tribus con sus tradiciones misteriosas y arcanas, y el hombre de hoy, buscador de regiones aptas para el desenvolvimiento de nuevas formas de vida y de comportamiento.

De esta suerte, el doctor Daniel Ortega Ricaurte hizo legible el abecedario de hombres y de tierras aun no incorporadas en su estructura civilizada y cristiana, a las vastas regiones patrias. El doctor Miguel Triana avanzó con su imaginación y su cariño de varón patriota en la existencia, mitad culta, mitad elementalísima, de los muiscas. Y el doctor José Miguel Rosales trajo a la contemplación de quienes vieron a su lado las festividades del primer centenario de nuestra independencia, los paisajes que fueron reservados por los próceres para el amor, el desvelo y el pensamiento de las generaciones futuras.

Como siempre quiso enseñar con la palabra diestra, el doctor Rosales se complacía en hablar de Colombia, aun a quienes no tuvimos el honor de ser discípulos suyos. Así nos mezclaba a exposiciones amenas y agradables, sencillas para él, por lo docto, pero alcanzables apenas para nosotros, por su cuantioso significado docente.

Penumbrados, por no decir profundamente oscuros, eran los años primeros de este siglo, cuando los horrores de la última de nuestras guerras internas colmaban de lágrimas y luto los hogares de todos los colombianos. Ya en el primer lustro, el doctor José Miguel Rosales se había dado a conocer por los medios que busca la inteligencia, precisamente cuando empezaban sus faenas la Academia de Historia y la Sociedad Geográfica, instituciones jamás conocidas en épocas anteriores por nuestros abuelos más cultos. Las minuciosas investigaciones cartográficas apenas se registraban en el esfuerzo pacientísimo de los nobles caballeros cuyo esfuerzo pudo dar comienzo a la Oficina de Longitudes, entidad adscrita al Ministerio de Relaciones Exteriores. En dicha oficina, así llamada con ejemplar sencillez, se radicaron y tomaron vigor las arduas disciplinas que no solo se deben a la observación de la tierra sino a los movimientos de las estrellas. En lo atinente a la geografía, cierto es que un caucano excelente sobre muchos, el general Francisco Javier Vergara y Velasco, se manifestaba con excepcionales cualidades acerca de ella. Su "Nueva Geografía de Colombia", publicada en los talleres editoriales que daban frente al antiguo edificio del Colegio de San Bartolomé (en hora infausta destruidos por mano ignorante de los valores del pasado), y a la Plaza de Bolívar, en cuyo recinto ha ocurrido todo lo trascendental de la historia colombiana, rompió con ademán certero la general ignorancia física y humana que nos acongoja a y recogía.

El geógrafo Rosales demostró lo que puede la dedicación a un propósito al modelar --como ya lo hemos dicho- el Mapa en Relieve que le hizo ampliamente conocido entre nosotros sirvió ese mapa inicial como testimonio de ambición patriótica y de orientado entusiasmo. Según esto, él. Y la oficina de longitudes, transmitieron a las aulas escolares un claro mensaje científico. La Sociedad Geográfica de Colombia se sintió halagada por los éxitos de todos sus componentes e integrantes, de donde salió en viva atmósfera de justicia, el nombramiento, del doctor Rosales como Presidente de ella. La equidad fue perceptible y el reconocimiento de sus méritos, nítidamente visible. Su presidencia fue atinada, laboriosa y fértil. Y su porte gentil, su rostro bondadoso, sus acentos suaves, su comportamiento gallardo, ennoblecieron más aún el ambiente respetable de la corporación cuya magnificencia todos nosotros percibimos ahora mismo.

Han querido todos los miembros actuales de la corporación, presididos por el sabio astrónomo doctor Clemente Garavito, reunirse para tributar su recuerdo a quien fue geógrafo, historiador,

catedrático y literato de buena estirpe. Los doctos geógrafos a quienes ha unido la sociedad, con vínculo intelectual muy respetable, emulan en la admiración por aquel ciudadano que les antecedió en la emoción por los elementos visibles de la República.

La familia distinguida y virtuosa, formada por la cristiana dirección de tan ilustre antepasado, ha seguido sus huellas. Hoy sus descendientes siguen siendo lo que él quiso que fueran. Reciban -por tanto- esta reunión y estas palabras, como una ofrenda plena de sinceridad y de justicia.

Bogotá, 16 de julio de 1975.

